1492

  Guanahaní

Colón Cae de rodillas, llora, besa el suelo. Avanza, tambaleándose porque lleva más de un mes durmiendo poco o nada, y a golpes de espada derriba unos ramajes. Después, alza el estandarte. Hincado, ojos al cielo, pronuncia tres veces los nombres de Isabel y Fernando. A su lado, el escribano Rodrigo de Escobedo, hombre de letra lenta, levanta el acta. Todo pertenece, desde hoy, a esos reyes lejanos: el mar de corales, las arenas, las rocas verdísimas de musgo, los bosques, los papagayos y estos hombres de piel de laurel que no conocen todavía la ropa, la culpa ni el dinero y que contemplan, aturdidos, la escena. Luis de Torres traduce al hebreo las preguntas de Cristóbal Colón: —¿Conocéis vosotros el Reino del Gran Kahn? ¿De dónde viene el oro que lleváis colgado de las narices y las orejas? Los hombres desnudos lo miran, boquiabiertos, y el intérprete prueba suerte Los hombres desnudos lo miran, boquiabiertos, y el intérprete prueba suerte con el idioma caldeo, que algo conoce: —¿Oro? ¿Templos? ¿Palacios? ¿Rey de reyes? ¿Oro? Y luego intenta la lengua arábiga, lo poco que sabe: 47 —¿Japón? ¿China? ¿Oro? El intérprete se disculpa ante Colón en la lengua de Castilla. Colón maldice en genovés, y arroja al suelo sus cartas credenciales, escritas en latín y dirigidas al Gran Kahn. Los hombres desnudos asisten a la cólera del forastero de pelo rojo y piel cruda, que viste capa de terciopelo y ropas de mucho lucimiento. Pronto se correrá la voz por las islas: —¡Vengan a ver a los hombres que llegaron del cielo! ¡Tráiganles de comer y de beber!

Eduardo Galeano, “Memorias del Fuego I. Los nacimientos”. Siglo veintiuno de Colombia, Ltda. CARRERA 14, 80-44, BOGOTÁ. COLOMBIA, Pag. 46.